

EDUARDO ROJAS O: ARTE Y COTIDIANIDAD EN EL PARAMO VENEZOLANO

Autor: Eduardo Planchart Licea

INDICE

EDUARDO ROJAS OVALLES: INTRODUCCIÓN.....	2
TESTIMONIO DE EDUARDO ROJAS OVALLES	
EL HACEDOR.....	14
EL SEMINARISTA DE PALMIRA.....	28
DON EDUARDO EL REZANDERO.....	37
LAS ARTES ADIVINATORIAS.....	41
LOS SECRETOS DE LOS GNOMOS.....	43

Introducción

Don Eduardo Rojas Ovalles nació en las cercanías de la Grita en 1922, en la quebrada de San José. Artista autodidacta que ha vivido la mayor parte de su vida en Bailadores, rodeado entre verdes colinas, misteriosas lagunas y altos chorrerones. Heredero de una antigua tradición oral donde gnomos, brujas, metamorfosis, desaparecidos y arcaicos espíritus hunden sus raíces en ancestrales creencias.

Adentrarse en contacto con este universo creativo a través de cartas, folletos, libros y fotografías, es profundizar en la micro historia de los andes y reconstruir la manera en que vivieron y viven estas generaciones.

Los creadores populares de esta región andina forman una comunidad que recuerda los gremios medievales. Así la obra de los Eduardo de los Vientos o para otros Mahoma, como relata José Gregorio Parada en su libro Imágenes de Bailadores ha formado e influido a tallistas y pintores como Hugo y Anselmo Vivas. A él le deben su pasión por la perfección en el tallado de la madera y al cuidadoso uso del color en sus escultores, altorrelieves y cuadros. En la vida de este solitario artista también ocupa un lugar especial el escultor y pintor Luis Barón, pues las correrías de ambos por las montañas y páramos, son episodios importantes en la historia local, como fue el encuentro que tuvieron con la reina de los gnomos, o cuando don Luis lo llevó a la Grita a casa de doña Jovita Barragán para que lo curara... curandera que don Eduardo fue iniciadora en la yerbatería y la medicina popular. También fue amigo del tecnólogo e inventor don Luis Zambrano, y en más de una ocasión rezó sus propiedades para protegerlas con sus oraciones, cuando comenzaron a ser centro de atención de los amigos de lo ajeno.

Es común ver a don Eduardo caminar con sombrero y bastón por los alrededores de Bodoque o de Bailadores, como un concentrando caminante que observa con cuidado árboles, flores, frutos y yerbas, tanto en terrenos agrestes como en los jardines de casas,

fincas y quintas para recoger plantas curativas que guarda en sus bolsillos, para curar a quienes buscan su ayuda. Por este saber no acepta sino un “Dios se lo pague”.

Tiene una personalidad tímida y evasiva, con el tiempo se ha ido convirtiendo en uno de los escultores populares con una obra artística de mayor originalidad de Venezuela. Su vida está impregnada de una religiosidad y filosofía cotidiana que se materializa en frases que nos acercan a sus principios de vida, como son los pensamientos: “pa’ sé avisado hay que hacerse el bobo”, “la prudencia y la decencia vencen lo que la dicha no alcanza”, “todos mentimos a base de mentiras” “cada quien tiene su modo de matar pulgas”, “siempre uno tiene todo en el mundo: un estorbo y quien lo estime”.

Sus esculturas y altorrelieves, a los cuales llama cuadros, tienen como tema en general su religiosidad personal, son piezas que fusionan el cristianismo con las creencias populares y la cultura universal. En ellas se materializan sus vivencias, y las diversas etapas de su vida como fue crecer cerca de lagunas y de quebradas, y vivir entre pequeños poblados, muchos de los cuales hoy no existen. Entre sus oficios está el haber sido agricultor, obrero, jardinero... Estudió primaria en la escuela de la Laguna de García (1933), éste es uno de los hechos de mayor importancia en su vida: él haber sido el único de nueve hermanos que Macario Rojas, su padre, inscribió en la escuela de doña Carmen:

Al único que puso papá, de nueve hijos que tenía, en la escuela fue a mí. Cuando llegamos a Pregonero tenía 11 años, no sé como se le ocurrió eso, no sé si fue el Espíritu Santo, cuando entre risas, nos conversó como si nada:

- Voy anotar al mico último con los maestros de la Laguna de García, que eran de Guaraque.

De la alegría que me habían anotado en la escuela, no dormí; entonces mamá, por la mañana me dió café: eso lo bebo cuando venga.

(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006).

Tuvo la suerte de tener la educación que le permitió consumir uno de los mayores anhelos de su vida: ser seminarista. Sus primeros años de estudio en la escuela de Laguna de García, ubicada en la casa cural, hoy los recuerda con gran emoción. Aún guarda el libro donde aprendió a leer hace 71 años, texto escolar que fue guía de varias generaciones en el país: el libro Mantilla impreso en Francia. En esa escuela rural fue donde nació su deseo de ser seminarista, al llamar la atención un día del Obispo que los visitaba por su deseo de confesarse, siendo apenas un mico (niño). Y por esa razón deseó el Obispo llevárselo al seminario al terminar el cuarto grado, lo cual no fue permitido por Macario Rojas, deseo que años después pudo realizar a pesar de la intransigencia de su padre.

La educación y disciplina de seminarista en el convento de Palmira, en el Estado Táchira(1939-1941) le permitió conocer teología, filosofía, historias de santos y vírgenes, el griego y latín así como algo de francés. Al abandonar este convento fue sacristán en la Iglesia del Espíritu Santo en Grita, hasta que tuvo un encuentro con un cura algo sinvergüenza.

Al conversar con este hacedor pareciera que la edad dorada de su vida fue su estancia en el convento, y su purgatorio, haber salido de él. Esto puede ayudar a comprender la soledad en que vive aún en Bodoque, pero don Eduardo Rojas no desea la beatitud, ni hacerse pasar por un santo, por esto es común encontrarlo con sus amigos, compartiendo unos tragos de michecito, encuentros en los que se dan conversas que terminan con el amanecer. Por esto Eduardo de los Vientos siempre es bien recibido cuando sale de su soledad, por lo ameno de su palabra y lo curioso de sus expresiones que son proverbiales en Bailadores, es común oír cuando se hace referencia a él recordar su curiosa manera de hablar, y las palabras que usa, como: pingo, mico,

soponería, montonones, cuzcos, chorrerones, chapones, curos, patusquería, a trompicones, cabo de año, envolataron, aviecito, parchonón, paredonón, chambonada, patuquerías, calamitoso, manadón, traperera, etc. Él ha vivido intensamente, asimilando variadas creencias populares de Venezuela y de otros continentes como son los rezos, conjuros, las cartas, la cábala y otros oráculos adivinatorios.

Célibe de por vida, convicción que nació en él cuando dejó el convento de Palmira y le fue exigida por el prior fray Pablo Ávalos, que asumiera el celibato como voto de amor a Dios y la Virgen para no desviarse de la senda espiritual. Su aislamiento tiene mucho que ver con estos hechos y su carácter; creó su religiosidad creativa en la soledad y la niebla del páramo Mariño donde vivió por varias décadas, a medida que sus esculturas iban naciendo. Como San Antonio, se tuvo que enfrentar a sus tentaciones, no en un desierto, sino en las cercanías de un misterioso lago.

Su gusto por ir de sitio en sitio como peregrino, es un rasgo que pareciera haber heredado de su padre, quien nunca tuvo paradero fijo:

“Papá nunca tuvo sosiego, era nacido en Ejido, su mamá se llamaba Francisca, él era el último de seis hermanos, eso llegaba a la casa y se estaba de hoy pa’ mañana, y se iba po’ Ejido y salía a San Cristóbal y después se metía por el Estado Apure.”(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)



Así, era común ver a don Eduardo Rojas en los mercados de Laguna de García, Bailadores, Palmira, Pregonero..., acompañado de su bestia yendo a vender sus quesos, mantequilla y otras menudencias que cosechaba en el páramo. Don Eduardo, como buen agricultor, es mañanero, y al despertarse en la madrugada sus primeros pasos van dirigidos al fogón o la hornilla, para hacer su guarapo caliente acompañado de arepa de trigo. Es bueno en la cocina, la cual disfruta. No en balde fue, en ocasiones, el cocinero del convento en Palmira, siendo elogiados sus platos por todos:

“Un día no sé pa’ donde se fueron los dos cocineros, y fray Pablo Ávalos, me dijo: Hoy le toca a usted su reverencia, hacé pa’ comé pa’ los 80... Tocó primero hacer cuatro arepas mucho grandísimas. Ahí, nos desayunamos junto a ese gental, y eso, si uno se descuida, queda como la totuma boca abajo. El desayuno era queso y arepa, o caldo de leche con aliño, una comida muy buena. Ahora, pa’ el almuerzo, era otra cosa...” (Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)

Su lenguaje plástico se caracteriza por la tensión entre lo vivido y lo soñado, entre el cristianismo y nuestro pasado ancestral, entre la realidad y la dimensión de lo simbólico.

Cada escultura se identifica por la delicadeza del tallado y la búsqueda de la perfección en los más mínimos detalles de la indumentaria y gestos corporales, las tallas son recubiertas con preciosas policromías, destacando los toques finales de pinceladas de oro y plata que bordean los ropajes, y sus recubrimientos con adornos simbólicos. En términos generales domina en sus esculturas el hieratismo, debido a la quietud y el alejamiento de signos de movimiento físico en sus piezas, el movimiento potencial se expresa en los gestos del rostro y las manos, que destacan la lucha interior que proyecta el artista en estas piezas.

Así, establece varios niveles de significación en sus obras, como son el caso de diversas versiones hechas del fundador de la Orden de los Agustinos. Éstas funden las creencias de don Eduardo, al percibir la vida de San Agustín como mago que tenía el don de volar con poderes maléficos de los se que arrepienten, para convertirse en un santo dentro de las creencias populares las cuales funde con las versiones más ortodoxas. El santo se convierte, desde esta perspectiva, en un hombre poseído, y a su vez en el filósofo y erudito estudioso que recuerda la tradición católica, en obras como Las Leyendas Doradas. Esto hace que su lenguaje escultórico y los colores usados tengan una simbología personal, que se expresa en la libertad con que talla estos iconos, su estética resulta sorprendente por su agreste belleza.

Entre las piezas más importantes de esta iconografía se encuentran los San Agustín, donde a pesar de la libertad en su tallado, se mantienen elementos fundamentales de su simbología como son el báculo con que lo representa, relacionado al poder espiritual y ser fundador de una orden religiosa, las versiones varían transmitiéndole sentidos diferentes, que enfatizan su poder como piedra espiritual, el corazón que acompaña una de sus manos es un símbolo de amor y de la piedad divina. Con la piel negra del santo, el artista recuerda el origen de San Agustín en la ciudad de Cártago, África.

Diversos elementos plásticos y simbólicos también se hacen presentes en las crucifixiones que por un lado, se acercan a la visión tradicional y la historia de la pasión, pero su expresionismo les transmite la visión personal que posee del Cristo, pues el Mesías, para este artista y la religiosidad popular, es el protector de muchas oraciones y conjuros, que cierran con frases como: “El que todo lo puede” como ocurre en el caso del “Conjuro Real” y la “Oración del Tabaco.”



En su Piedad expresa la tensión entre la tradición y su percepción, que se manifiesta en la sobredimensión de la sección superior del cuerpo que representa lo uránico, lo divino y lo trascendente con respecto a la parte inferior que expresa lo telúrico, lo humano y lo intrascendente. Las crucifixiones a su vez, recuerdan uno de sus primeros momentos creativos como aprendiz de escultor, suceso que ocurrió a principios de los 40 en el convento de los agustinos de Palmira, cuando le ordenaron restaurar una crucifixión. En ese instante de su vida debió sentir el peso de entrar en contacto con esta imagen

devocional, y la ambigüedad e intensidad de lo numinoso; que hace sentir al creyente la tensión del éxtasis a la vez que el temor y la angustia de entrar en contacto con lo sagrado.

La creación así se muta en un él en un proceso interior de transformación espiritual, al unir lo artístico a lo devocional. Por esto parte de las obras no se encuentran en manos de coleccionistas, sino se integran a altares de familias andinas, o de comunidades como ocurre con una “Virgen de Guadalupe” que talló para una capilla en el Páramo Mariño. Su hogar y taller es sitio de encuentro de los admiradores de sus obras, que buscan obtenerlas como protección y centro del culto familiar o como amantes de la belleza, y aquellos que van en búsqueda de sus conocimientos como yerbatero y curandero.

Estos sentidos se hacen presentes en obras como *La Saviduría* (1988), que reflejan su pasión por la reflexión sobre sí y sobre la filosofía antigua, al referirse a esta pieza, recuerda la conversación:

“Cuando vinieron a llevársela, me preguntaron:

- ¿De donde saca usted eso? -Pues de aquí, de las ideas, ¿de dónde más?, pues la sabiduría es la ciencia de cada quien, pues entonces eso es lo que hice. Entonces no solamente tenía que fijarme en ese u otro cuadrito, porque la ciencia la tiene uno adentro de sí”. (Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006).

El lenguaje plástico que maduro este hacedor tiene connotaciones simbólicas, tal como ocurre en su versión de *La Saviduría*, en la estrella dorada que sostiene en una de sus manos, asociado a la iluminación intelectual y del saber interior que hacen huir las tinieblas del ser, el color verde de su manto se relaciona al conocimiento inspirado en la naturaleza, el blanco de la túnica a la pureza del espíritu y el libro que sostiene, a las exigencias de la filosofía por el estudio y la meditación para alcanzar la sabiduría

divina. La corona pintada de color oro refuerza estos sentidos. Por encontrarse en la cima de la cabeza hace referencia a un conocimiento inspirado en la divinidad, y al ser circular se asocia este conocimiento al encuentro de la perfección. Los elementos artísticos incorporados a sus piezas no son resultado del azar, sino que poseen una lógica estética y simbólica:

“Hago las esculturas con mi ideología de lo divino. En cada una de ellas hay muchas historias, y recordatorios de lo antiguo, si uno no sabe nada qué va a decir a otros”.

(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)

Este imaginario sacro nace de una fuerte voluntad creativa, y de la maduración de su proceso creativo. Sus esculturas tienen como materia prima la madera, a través de un proceso que se inicia en una tensión entre el mundo exterior y el interior hasta llegar a tener clara la imagen que desea plasmar en todos sus detalles, y haber resuelto los problemas técnicos que tiene la elaboración de cada escultura. Al observar algunas piezas semiacabadas, nos permite acercarnos a esos momentos, donde el primer paso, tras tener claro lo que desea crear, es el trazado del lápiz sobre madera para marcar la forma que irá brotando del bloque amorfo a golpe de gubia y de sus ligeros “hierritos”, como llama a sus herramientas. Estos iconos en ocasiones se inspiran en sueños, así como ocurrió con el altorrelieve aún no terminado para el rey de España don Fernando: “Todavía tengo que terminar el cuadro pa’ Don Fernando, el rey de España, pero no he podido. No sabía qué hacerle, y una tarde me quedé dormido pensando en ese cuadro que estaba por hacer, y soñé lo que debía ser: Vi una imagen muy rara, y supe que esa era la que le iba a hacer al rey de España, y empecé a marcar sobre la madera”.

(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)

Además de su preocupación como creador de formas, le preocupa mucho al artista que a su vez esta materia tenga connotaciones sagradas. Esto explica el por qué le gusta trabajar en madera de cedro:

“Esculpo en cedro, porque es una madera casi imposible pa’ pudrirse, y por otro lado es liviana, y según dice la Biblia, es la madera que escogió Noé pa’ hacer el Arca del diluvio, y Salomón para hacer su palacio”. (Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)

El pragmatismo del creador y su anhelo de vivir entre lo sagrado se percibe, así en los diversos niveles de sus proceso creativos. Las texturas y colores con que cubre sus iconos, pieles y elementos de la indumentarias están asociados a su lógica simbólica, como serán las estrellas en los mantos de las vírgenes, las azules orbes, los báculos dorados que fueron creados con un gran dominio técnico, exigente en la búsqueda por obtener los materiales que le permitan lograr los efectos que respondieran a su concepción del gusto. Un ejemplo de esto, son los intentos fallidos por crear los acabados que le satisfacían, y esto sólo lo logró, en parte, al encontrar el tipo de pintura que exigían sus esculturas. Se establece por tanto en sus obras un proceso de experimentación con los materiales y la forma está en función de lo que desea comunicar.



El tratamiento artístico que transmite el hacedor a la tridimensionalidad es variado, va desde lo escultórico hasta la tensión entre lo bidimensional y lo tridimensional, tal como ocurre con su “San Lázaro”, en el que el volumen del santo y los perros que lo acompañan parecieran librarse del fondo bidimensional. En líneas generales su obra sigue las creencias populares, como es el caso de Lázaro, santo de los pobres y de ciertas enfermedades, al que esculpido con muletas, como es representado en la iconografía tradicional, llagado y con dos perros lamiéndole sus heridas. Su originalidad como creador se manifiesta en la manera de representar estas imágenes, y en los elementos que transforma y añade. En el San Lázaro esto se observa en el paisaje del fondo que contextualiza y podría representar cualquier rincón de los andes.

Es la vida de Jesucristo otro de los símbolos existenciales que mayor fuerza tienen en su vida, quizás por esto en su obra destaca La Dolorosa, escultura maestra donde el dolor

es convertido en madera, en el abrazo de la Virgen María al hijo recién crucificado, convierte el volumen en sentimiento. El cuerpo semidesnudo de Cristo parecería desvanecerse del regazo de la Virgen María, escurriéndose a las profundidades de la tierra o a la muerte y la parte superior del cuerpo, por su ubicación, tiene un sentido ascensional señalando la resurrección. De su identificación con Jesucristo, se enraíza parte de su gusto por la errancia, una de las características del profetismo, que tiene sus raíces en el chamanismo, y en la vida de este profeta andino se establece la fusión de ambas dimensiones. Cuando él narra en sus vivencias su encuentro con personajes como gnomos, duendes y brujas, podría estar haciendo referencia a los espíritus auxiliares propios del chamanismo.

En su niñez la imagen de profeta como conocedor e intérprete de las sagradas escrituras, se hace presente en Hermegildo Moreno, quien junto a María de Jesús, tía de don Eduardo, hacían juntos lecturas de las sagradas escrituras. Este curioso personaje era reconocido por su larga, blanca y algodonosa barba, así como por sus extrañas costumbres de sólo usar calzado en suelo santo. Él enriquecía estas conversas con María Teresa de Jesús, con sus profecías, algunas de las cuales aún recuerda:

“Vendrán los tiempos

y pasarán los tiempos,

se verán cosas muy raras,

y cuando pasen los 2000 años,

vendrá la gran tribulación.

Miren, cuando llegue la gran tribulación,

vendrá una gran carestía,

pero comprarás a como esté,

y venderás a como esté.”

El San Benito del Monte Tabor, es otro de sus esculturas paradigmáticas, se caracteriza por el alargamiento de las tres figuras que integran el conjunto y su contrastante policromía presente en las indumentarias. Los dos niños que acompañan al santo, expresan su anhelo de que vivan en el paraíso y no en el purgatorio. Pero también nos encontramos ante otra dimensión vinculada a las creencias populares de el San Benito del Monte Tabor, por sus poderosas oraciones como protector contra las alimañas, malos espíritus, bebedizos y hechizos, estos se observan en el libro que lleva uno de los niños entre sus manos, que expresa el poder mágico de la palabra:

“San Benito de Monte Tabor,
que cuidas mi casa y mi alrededor,
de brujas, y hechiceras
y de hombre malhechor
hoy sábado día de la Virgen,
y mañana del Señor,
y en víspera de San Cipriano”.

“Oración que se repite tres veces, y el que esté escuchando eso no vuelve. Esa oración es muy importante hasta contra una plaga que este dando brega por ahí, pa’ eso sirven esas cositas”.(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006)

En los hogares que ha tenido el artista se encuentran diversos altares, pues se está ante una visión de la casa como templo y taller, sentidos que se sintetizan en el nombre que da a su hogar “Acrópolis de las Esculturas”. Al hacer esto es conciente de la significación de la palabra en griego, y que en Atenas se encontraba la mas preciosa Acrópolis del mundo antiguo, de ahí que mandara hacer unos cuadros o cartelones con

este nombre para dar a conocer su casa, y evitar la pérdida de sus visitantes en el Páramo Mariño. El altar principal de su casa en Alto Viento se centraba en la sala, estaba recubierto con una tela, donde ubicaba a vírgenes, y santos; la pared de fondo se veía repleta con estampas, cuadros, y retratos vinculados a su imaginario sacro y a su vida.

En Bodoque, donde vive desde hace 17 años aproximadamente, se encuentra en la sala de su hogar, una pared con una composición similar a la antes mencionada, con un altar en el centro, donde se ubica un conjunto de piedras que están vinculadas al poder de estos elementos, herencia de la religiosidad indígena andina y las huacas andinas, pieles pétreas que encierran espíritus ancestrales. Fueron escogidas estas rocas tanto por su forma como por sus poderes mágicos. El otro altar en su actual hogar se ubica en el cuarto, el centro lo representa una talla del niño Jesús, en un nicho, rodeado de estampas y rosarios, en este lugar guarda sus bienes más preciados: libros, cartas, correspondencia, retratos y herramientas de trabajo. Entre estos libros se encuentra la Biblia, El Tarot Egipcio, las Confesiones de San Agustín y las Florecillas de San Francisco de Asís, los que ha ido adquiriendo tras afanosas búsquedas entre las librerías de la región, búsquedas que continúa cuando tiene tiempo y algo de dinero, porque son muchas las dudas que le quitan el sosiego.

“A uno mismo el trabajo le da con el traste, y de allí va el sentido de uno a reformar y recrear, y eso es lo que hay que hacer. A uno el trabajo mismo lo hace maestro”.

(Eduardo Rojas Ovalles, testimonio, 2006).

TESTIMONIO DE EDUARDO ROJAS OVALLES

EL HACEDOR

Mi madre se llamaba Fidelia del Carmen Ovalles, cuando me dijo ella que vendían unos muñequito alemanes los viernes en El Delgadito, en la entrada pa' la carretera de Pregonero, me alegró mucho saberlo, pues eran mucho boniticos, recuerdo que me dijo:

- Eduardo, venden unos muñequitos alemanes, y piden 3 bolívares.

- Pues va y compra a el niño sólo: “voy a hacer un gallito de yesca.” Cuando eso tendría 5 o 6 años, porque nací en el año 22. Años después me pidió el pesebre del niño Jesús, y le dije:

- No mande a comprar pesebres, y le dí con qué comprar al niño. Pero no le dije nada, porque no se gana nada con ser grosero. Me fui pa' Pregonero, donde había visto una venta de imágenes, de ahí traje los reyes, San José, la Virgen, la mula, el buey, los reyecitos y lo que pude los traje en una maleta, costaron 50 bolívares. Dígame hoy con 50 bolívares no compra uno ni el gallo de la pasión.

Después vi otros reyes, muchos boniticos, en la Parroquia Santiago de la Punta de Mérida: “sí pudiera hacer esos...” y sí, los hice grandes. Bueno, por ahí empezó la tanda.

A partir de ahí, siguió la gente con la idea de que “hágame un Cristo, que esto y lo otro”. El primer Cristo que hice, fue uno que me mandaron a retocar en Palmira:

- ¡Ay! Yo metido a hacer esto -me decía-, cuando en el seminario había maestros que hacían unos cuadros que cualquiera diría eso es de pura plata y oro.

El que tuvo la culpa de traer a los Bottome aquí, fue un muchacho que es de Bailadores, pero fue con don Diego pa' allá. Resulta de que había hecho un Cristo grande para el cabo de año de la muerte de mi mamá, cuando el muchacho lo vio, preguntó:

- ¿Cuánto vale eso, más o menos?

- Eso como que no lo hice pa' venderlo, sino pa' la tumba de mi mamá, que se yo, ideologías de uno. Y él los compró por 100 bolívares más de lo que le pedí, y se llevó el Cristo. Así, lo vieron allá en Caracas los Bottome, entonces siguieron con la idea de averiguar dónde se hace, dónde vive Eduardo, y el joven les dijo:

- Pues vayan donde don Luis Barón que él vive al pie del pueblo y él los lleva allá a Alto Viento. Así llegaron los señores Bottome, los primeros que vinieron po' acá, pero ya los querían espantar también los mariñeros: "eso no vayan pa' allá, porque ese viejo es un cachorro y ese lo jarta a uno y si quiere los saca de allá."

Cómo iba a hacer eso, si los Bottome eran personas muy decentes y generosas. Pero cuando alguien llega con insolencias es otra cosa, porque yo mando en la casa donde viva. Así, con esa tonada llegaron unos, cuando estaba en el páramo y al ver el pesebre dijeron:

- Está usted como las mujeres, haciendo el aguaje de bobo, con un jardín en la casa y un pesebre en la sala. Molesto, les respondí:

- Háganme el favor y se me van, se me van, porque no estoy haciendo cosas para que le parezcan a nadie bien. Eso les cayó mal a esos mariñeros.

Cuando estaba bregando con los palos, vi bajar a los Bottome. Me dije conforme se acercaron, porque soy medio malicioso: "¿Qué traerán esos señores? los veo como amilanados, será por los cuentos que les habrán metido en Mariño." Pero la prudencia y decencia, vencen lo que la dicha no alcanza. Al verme me saludaron, era como temprano, y les dije:

- Pasen adelante-. Se sentaron un poquito, y se quedaron mirando los cuadros. -Aquí en Bodoque, me han mandado a quitarlos, porque los bodoqueños dicen que son hechicerías, brujerías pero cómo los voy a quitar si son recuerdos; unos son de mis papás, otros de po' ahí.

Miraron un rato, y hablaron:

- Nosotros vinimos a visitar por aquí, y a conocerlo a usted también. Yo me alegré, porque allá en esa montaña es una casualidad que llegara gente. Parecía que algo se traían, pa' más ñapa, cuando eso ordeñaba unas vaquitas en Alto Viento, y recogía mantequilla y hacía un quesito, se los pude ofrecer. Cuando comieron, hablando entre ellos, dijeron:

- No es como nos conversaron abajo, no es así. Entonces estaba escuchando, y les dije:

- ¿Qué les pasó, me recomendaron muy bonito? Y me respondieron:

- Pues sí, muy bonito le recomendaron.

Esculpo en cedro, porque es una madera casi imposible pa' pudrirse, y por otro lado es liviana, y según dice la Biblia: "Es la madera que escogió Noé pa' hacer el Arca del diluvio." Ahí en la sala tengo montonones de cedro, es traído de la aldea de San Simón, donde viví un tiempo, allí había unas maderas secas y otras cayéndose, por eso me dijo el dueño de la tierra:

- Estos palos, si puede aserrarlos usted, hágalo. Busqué un elemento de San Simón, y vino pa' aserrar la madera de diversos grosores, según fui diciéndole, pa' trabajar estatuas grandes y pequeñas. Cuando aserraron esos cedros, en una máquina les marqué lo que debían hacer. Porque necesitaba en ese momento palos pa' hacer un buey, pa' hacer viejitos de distintas formas, y de una astilla no puedo sacar eso. Es necesario que la madera este un poco gruesa.

En estos días vino un señor de las Tapias para que le vendiera unas astillas, pero le dije:

- Pues así que le parecen las patas como una astilla. El cedro es bendito, pa' más ñapa, eso no nace en cualquier parte, sólo en las altas montañas por aquí. Soy muy resabiado, no vendí madera. Porque es una madera muy bonita para trabajar y muy delicada. No

voy a vender esa madera, es preferible que cuando me muera, alguien que sepa la aproveche y recoja esa palizada, pa' usala con fundamento.

Cuando esculpo una escultura agarro un lotecito de cedro, y lo marco. Y le voy haciendo los remuescos que se necesitan, pa' desbastaarla con la hachuela. A uno el trabajo mismo lo hace maestro.

Para trabajar tengo serruchos, hachuelas, escoplos y escorfinas para refilar la madera.

Esos son los hierritos que tengo, cómo va a hacer una silla con una hacha y una hachuela, no puede porque necesita hierros especiales.

El banco donde trabajo lo traje de Alto Viento, ahí pongo también la máquina de moler maíz y café. La prensa esta aquí pa' que la madera no se mueva, se mete en la cabra con unos palitos que tengo po' ahí, así queda seguro el madero, y trabaja uno tranquilo. El banquito es sencillo, pero bueno. Sin él, tendría que prensá la madera con unas piedras.

Cuando voy a trabajar una pieza, pongo el pedazo de madera en la prensa después de cortar el bloque, la afianzo dando vueltas de un lado y pa' l otro, y la aseguro con unos tornillos, pa' que no se mueva. Si es pa' hacé un cuadro, tengo que refilarla toda, pues va estar acostada sobre una pared.

Todavía tengo que terminar el cuadro pa' don Fernando, el rey de España, pero no he podido. No sabía qué hacerle, y una tarde me quedé dormido pensando en lo que estaba por hacer, y soñé lo que debía ser: ví una imagen muy rara, y supe que esa era la que le iba a hacer al rey de España, y empecé a marcar sobre la madera, pero me dañé cuando me pisó un carro los pies, y dejé de hacer el cuadro. Eso es una ilusión mía, no le tengo nombre aún. Lleva en los lados rosas egipcias o arameas a los bordes de la imagen, las tengo marcadas, y debo profundizar el fondo pá sacá la forma. Tengo que seguir, pero considero que quizás no sea capaz de hacerla, porque uno parao aquí todo el día dandole

fuerte a los palos, pa aguantá, tendría que hacerme una sillita y después pintarla como soñé la imagen rodeada de nubes.

Las florecitas van en arco, unas van pa' arriba y otras pa' abajo. Azules o amarillas es como las quiero, lo demás se pinta bonito. El trabajo tiene que estar bien alineado y ordenado en este cuadro, quien no sea tan bobo, hace uno por cada lado. Poniéndome a trabajar término ese cuadro en unos días, esos hierros que tengo son muy ligeritos. El rostro de la imagen todavía esta muy tosco, y hay que tener mucho cuidado. Lo más calamitoso es el marco del cuadro.

A uno, el mismo trabajo le da con el traste, y de allí va el sentido a reformar y recrear, y eso es lo que hay que hacer. Fachoso pa' hacé pistoleras, cualquiera se preguntará de dónde saco esas ideas...

Este taller se llama "La Acrópolis". En Grecia le decían así a las grandes ciudades, esta "Acrópolis" es un centro de esculturas. Ese es un nombre que los griegos le daban a la ciudad ubicada encima de pedronones. Atenas, fue la ciudadela más histórica de todas. Las pinturas y esculturas que hago aunque sean medio chambonas, son de mi Acrópolis, por eso le dije al señor Bottome:

- Usted puede hacerme el favor de hacerme dos cuadros, porque la gente que iban a Alto Viento, muchos se perdían. Cuando al señor Bottome le dije eso, me dijo:

- En un momento le hago los cuadros, con las flechas en diferentes direcciones.

- El nombre que le va a poner a esos cuadros es con estas condiciones: "no quiero cosas modernas, eso de lo moderno por unos lados es bonito, pero pa' otras cosas no sirve. Y como estas cosas son históricas primitivas, entonces Acrópolis es el nombre de esta pequeña ciudad". En la antigüedad empezaron los griegos a labrar oro y hierro. Por eso le puse el nombre a este sitio de "Esculturas Acrópolis," nosotros no podemos olvidar la gran sabiduría de los griegos, que usan lenguas que aquí nadie estudia. Yo algo me

medio enredo con la lengua griega. La nación más sabia de la antigüedad fue Atenas, donde estaba la Acrópolis más bonita de la antigüedad.

Hago las esculturas con mi ideología de lo divino. Cuando el señor Bottome, me dijo que le hiciera lo que se me antojara hacer, pues pensé les voy hacer al “Rey Fernando y Doña Isabel” en el matrimonio, me quedó bonito. Después a otro le hice una imagen, con un libro en la mano, “La Sabiduría,” entonces cuando vinieron a llevársela, me preguntaron:

- ¿De donde saca usted eso? Pues de aquí de las ideas, ¿de dónde más? La sabiduría es la ciencia de cada quien, pues entonces eso es lo que hice. Entonces no solamente tenía que fijarme en ese u otro cuadrito, porque la ciencia la tiene uno adentro de sí, entonces he hecho algunas esculturas raras. En cada una de mis esculturas hay muchas historias y recordatorios de lo antiguo, si uno no sabe nada, qué va a decir a otros.

Esculpí el San Juan cuando andaban con una idea errada, querían hacer una capilla po' aquí con el nombre de San Eduardo, y los atajé a tiempo:

- Pues no señor, Eduardo es un santo que fue rey en Inglaterra, pero yo no quiero que lleve ese nombre, porque con el tiempo van a decir que el santo Eduardo soy yo. Y no me entiendo con eso. La cultura vale lo que el anciano alcanza. Vayan hacer la capillita, mientras hago a San Juan Bautista, es que a él iban a nombrar patrono de la capilla. Él si tiene derecho, pero yo no. Hice una estatua grande con un corderito, pero no hicieron ninguna capilla, dejé la escultura aquí. Cuando llegó el señor Bottome un día de esos me dijo:

- Esa imagen que tiene usted ahí ¿cómo se llama?. Está ahí escrito, Juan el santo Bautista, con un corderito y una mano alzada con una palma en la otra.

- ¿Y cuanto vale esta imagen?. Por ser usted -él ha sido muy honorable conmigo- deme lo que sea a gusto suyo.

- Sabe Eduardo, esas imágenes que usted hace quedan muy bonitas - El señor Bottome me respondió- , y son históricas. Porque Juan fué compañero de Jesús y matado por Herodes, entonces hay que medio entender algo. Y ahí dejó la plata, que era mucha. La capilla nunca se hizo.

Entre los santos más poderosos está San Benito del Monte Tabor, y po' eso hice su escultura, cualquiera dirá de San Benito del Monte Tabor, que la estatua miraba al cielo.

Estaba rogándole a Dios:

- Estos niños que Dios me los reciba, porque los quiero ver en el cielo, no en esta tierra". Ese santo es algo muy importante para espantar brujas.

Al señor Bottome y la señora Ruth, le había hecho un pesebre de doce piezas, entonces vino Benaglia, y les preguntó:

- Y eso, ¿quién hace esos muñecos así?

- Es un señor -le dijeron- de Bodoque. Hazme el favor de prestarme ese pesebre de doce piezas: un niño, una Virgen, un San José, el buey y la mula, los tres reyes y un gallito, era completo, ideas de uno. Entonces ellos le prestaron las imágenes. Y, de las diecinueve mil presentaciones que tenía en Roma, salió mejor ese trabajo.

Él vino, y les devolvió las imágenes. Me trajeron veinte tarjetitas de allá de Roma, pa' que le diera a los compañeros míos, porque ese señor Bottome es tan bondadoso, y cada quien tiene su modo de matar pulgas. Y una tarde, cuando estaba quitándome la traperera pa' acostarme, vinieron tres camionetas blancas, con dieciocho personas con panes hechos en Roma, unas uvas, y una tanda de cositas. Por suerte que uno piensa, les había apuntado van a venir con un chorro de cosas, y yo me quedo aquí como el tonto de la manada. Había hecho como una especie de poesía, que ahora no me acuerdo, sino de los principios:

“Desde la plaza de las flores,

se ve una lujosa palma
 cubierta de maravillas
 porque las hojas que tiene
 son toditas amarillas...”

Estuvieron aquí, tomaron fotografías por ahí y dejaron este cuadro con el diploma, que me hizo el favor y lo mando a montar Don Iván de allá de Tovar y bueno, pero en ese cuadro esta todo en italiano.

Mamá se llamaba Isbelia del Carmen Ovalles y papá Macario Rojas, fuimos nueve hermanos, nací en la quebrada de San José en 1922. Papá nunca tuvo sosiego, era nacido en Ejido, su mamá se llamaba Francisca. Papá era el último de seis hermanos, eso llegaba a la casa y se estaba de hoy pa’ mañana, y se iba po’ Ejido y salía a San Cristóbal y después se metía po’ el Estado Apure. Conoció a mamá en Queniquea, porque era nacida en la Quebrada de San José, de ahí se fueron pa’ una aldea que llaman el Leñatal, detrás del Cobre, pero papá no se amañaba en ninguna parte. Al estar un tiempo ahí, dijo:

- Me voy pa’ queniquea, allá si es bonito pa’ vivir, ese se enamoraba de tal parte y pa’ allá iba.

Apenas me acuerdo que cuando llegamos al páramo del Rosal, va el viejo conmigo al hombro, con las patitas pa’ lante sobre sus hombros, tendría como unos tres años, mico anda como lo carguen. Y ahí se resbala el viejo en la Otrabanda, empezando a bajar, pero nos caímos a botes separados. Ya me pegaban po’ que no podía aguantar la risa de ver al viejo que bajaba dando tumbos como un montón de palos. Uno chiquito es así. Luego fuimos donde Josefa Oraldes, mientras seguía riendo montado en la espalda de papá, molesto, me recriminó:

- Voy a tenele que pegá a este maluco. Al llegar donde Josefa le pedí:

- pa' que papá no me pegue, escóndame, porque no puedo aguantar la risa al recordar verlo bajando como una hallaca a botes.

- No se preocupe, yo lo cuido. Se acostaron todos, y estuve a resguardo. De los hermanos, sólo quedaba el mudo de Domingo y Esteban. Los otros habían muerto en una peste muy brava, solo estaban allí ellos. Cada vez que estaba acordándome, me carcajeaba.

He sido mucho calamitoso cuando mico, tenía una perra allá en el Cafetal, de El Cobre pa' atrás. Un día, a media noche desperté a mamá po' que la perra ladraba y ladraba:

- Eso, ¿qué quiere esta matraca de mico con el cuento de esa perra a estas horas? La perra siguió dando vueltas, vueltas; hasta que corrí a verla: eran las 4 de la madrugada, cuando ladró la perra en el patio y enseguida oí ladrando a los perritos. La mugre perra se había traído los perritos recién paridos de po' allá lejos a la casa.

Volví pa' dentro y le susurré a mamá:

- Es que estoy soñando con los perritos, o qué es lo que suena.

- Este mico si que es calamitoso, ahora y que soñando que la perra dio perritos - respondió enfadada-. Total que mamá salió, porque la perra seguía ladrando fuerte, estaba buscándola pa' que le diera de comé. Y encontró los perritos regados, en la sala de la casa.

- Pues, si es verdad, ahí están los cuzcos, Eduardo como que no estaba soñando, y me llamó. Esa madrugada me puse a jugar con los perritos.

Yo no quería a Esteban, po' eso le decia a mamá, cuando me mandaba hacer mandados con él:

- Mamá no me envié con Esteban, que no me amaño con él en ninguna parte, él es muy desgraciado.

- Callese usted la boca, este mocoso si es necio- me regañó mamá.

Es que de verdad Esteban era sinvergüenza. Un día, nos mandaron a traer unas berenjenas un poco lejos. El agarró uno de los costales de las berenjenas, y me metió, luego lo cosió y me terminó echándome pa' abajo po' una loma bien empinada. Pero el que no está pa' morirse, no se muere así no más. Estebán se fue a buscar las berenjenas en otro costal y me dejó monte abajo. Cuando regresó, papá le preguntó:

- ¿Dónde está el mocoso? Y se fue a buscarme, cuando me encontró por los gritos, descosió el costal y me sacó. Cuando papá vio que no tenía nada, se fue corriendo, agarró un palo y machacó a Esteban, hasta que salió corriendo y se encaramó en un árbol.

Cuando llegamos a la casa, le dije a mamá:

- La tardanza está, porque el Esteban me echó entre un costal, y me lanzó a botes po' el Camino Real, que va a la Grita. Al llegar, mamá lo encerró y le dió también una pela a pura leña. “¡Sinvvergüenza! y que echaste al mico a botes dentro de un costal cosido...” De mico me impresionó mucho Hermenegildo. Ese señor no se quitaba la barba, ni se quitaba el cabello, era blanquito como una mota de algodón. No se ponía alpargatas pa' nada, y las que tenía eran desde cuando se había casado en los años cuarenta. Cuando lo conocí era viudo. Los domingos y días santos salía de su casa, con las alpargatas en el bolsillo y se iba pa' misa, cuando llegaba a la iglesia se sentaba en el portal y se ponía las alpargatas. Cuando se terminaba la misa se las volvía a quitar y se las volvía a poner en los bolsillos del saco. Decía que sus alpargatas sólo pisaban suelo santo, era un hombre muy jalado en la religión. Ese abuelo se sabía toda la Biblia de memoria. De chiquitín me sentaba siempre cerca de él, y lo veía leer, colocaba libros santos en un mesón, y nos decía:

- “Vamos a leer estas leyendas”, y lo que el profetizaba es lo que estoy viendo hoy.

Porque lo que él exclamaba, eran las profecías tan claras que tiene la sagrada escritura,

con palabras cosechadas por él. Pues el que conocía de eso era él, empezaba siempre por un misterio, y luego:

“No habrá cultura en la gente,
y habrá tantas calamidades,
habrá tantas enfermedades
y tantos médicos,
Pero nadie será capaz de sanar a nadie.”

Papá hizo un negocio con Hermenegildo Moreno, y po' eso allá nos estuvimos un tiempo. Él era muy sabio, se sentaba po' allá; Mire, mana Filia, vamos a leer un poquito, y mezclaba las letras de la Biblia con sus profecías:

“Vendrán los tiempos
y pasarán los tiempos,
se verán cosas muy raras
y cuando pasen los 2000 años,
vendrá la gran tribulación.
Mire, cuando llegue la gran tribulación,
vendrá una gran carestía,
pero comprarás a como esté,
y venderás a como esté.”

Eso ya nadie cree en eso, pero estamos pisando la gran tribulación. Eso son esas carestías, yo no digo nada pa' que no empiecen con “ese viejo está loco.” Y el hombre cara de caballo está viviendo, éstas son épocas de poca educación, poca prudencia, y muchas enfermedades.

Al único que puso papá de nueve hijos que tenía en la escuela, fue a mí. Cuando llegamos a Pregonero tenía 11 años no sé como se le ocurrió eso, no sé si fue el Espíritu Santo, cuando entre risas, nos conversó como si nada:

- Voy anotar el mico último con los maestros de la Laguna de García, que eran de Guaraque. De la alegría que me habían anotado en la escuela, no dormí; entonces mamá, por la mañana me dió café: “eso bebo cuando venga.” Cuando llegué a la escuela, salió un muchachito, criado de ellos, y me dijo:

- ¿Qué necesita?. Mi padrino no se ha parado, la madrina sí, está en la cocina, voy a llamarla ¿usted es quién?

- Soy Eduardo Rojas Ovalles.

- Ah, por usted fue que vino Macario Rojas a anotarlo aquí.

- Pues sí -le respondí.

- ¿Usted ya desayunó? No, el desayuno lo traigo en los pies, porque vengo caminando desde el páramo, como de aquí a los Espinos. Entonces desayúnese.

El libro donde aprendí a leer se llama Mantilla, esos eran impresos en Francia. Bueno, quedé muy bien con los maestros y a los días de estar allá sabía leer. Y dice la maestra:

- Cómo es esto, ese mico en días ya sabe leer. Entonces me gané a los maestros. Y bueno, siempre estaba pendiente del librito en que había aprendido a leer, y en la Sagrada Escritura de mi tía María de Jesús que po' ahí está. Un libro que estuvo en manos de mi tía y es mucho viejo, como de 1900. Ella era una santa, era curandera, teóloga y nunca tuvo hijos, era mucho misteriosa. Y todo lo que decía, era real. Cuando se murió la tía Rosalía, vivía frente a la Grita. Y era de mucho fundamento, y acompañaba la tía María de Jesús, y a don Juan Hermenegildo, cuando leían del santo loco, así supe de San Agustín, desde muy mico, recuerdo algo:

“El leyó mucho a Marco Aurelio, en cuanto se murió el viejo taita, Mónica, su madre, lo mandó a Italia y allá se encontraron con un obispo que se llamaba Ambrosio. Entonces le dijo:

- Como lo bautizo de nuevo, vamos a ponerle: Agustín, hombre trágico y peligroso. Ese fue el nombre nuevo que le pusieron. Pero él siguió con sus hechicerías, volaba entre provincias de Italia. Mónica, la madre, se la pasaba orando:

- Dios y la virgen, si le quitaran esas malas costumbres a mi hijo... En una de esas voló a Lombardía y escuchó a San Ambrosio predicando en la iglesia -se decía-. Vamos a ver que está diciendo aquel viejo. Cuando salió de ahí dijo: ahora si me mando a bautizar, y voy a quitarme todas las costumbres feroces que tengo. En eso, oyó la voz de un ángel, que le susurró: “Toma y lee la Biblia”. Y cuando la abrió al azar se encontró con unas líneas que decían: “...nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfrenos, nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rom. 13, 13-14). Ahí empezó su conversión.

Mónica estaba pensando en esas costumbres de Agustín, cuando llegó una mujercita, bonitica, y le dijo:

- “Mónica te voy a regalar este vestido que llevarás tú, tus hijos y los hijos de tu hijo Adeonatus”, era la virgen. Era muy raro el vestido y todo. Cuando llegó el loco de su hijo, allá donde estaba Mónica, le dijo:

- ¿Quién le regaló este vestido, mamá?

- Pues, una señora que vino a visitarme, al irse me habló:

- Este vestido lo vestirás tú, el hijo tuyo y el hijo de tu hijo, que tuvo con una mujer en Africa.

Yo también, una vez me enamoré de una mujer, se llamaba Angelina, estuve apenas de novios, por que no hice nada con ella porque entonces no había esas facilidades. No sé si ella estaba realmente enamorada, porque uno no puede meterse en el corazón de nadie. Todo ocurrió cuando estaba en la iglesia del Espíritu Santo, en La Grita de sacristán, era una joven de trece años muy bonita y de gente muy buena. Dentro de la iglesia, no iba a decirle ninguna cosa. La muchacha llegaba cada 3 días al rezarle al Cristo, siempre me llamaba pa' que le diera agua bendita. El mico que me ayudaba en la sacristía, Pedrito, me dijo un día:

- Mire, que le manda a decir la señorita Angelina que lo necesita pa' allá, pa' hablá con usted. Nos saludamos, mire Eduardo: "es que estoy con una idea con usted, ya que estamos solos lo mandé a llamar pa' que hablemos. Yo, quisiera que nos casáramos." Su papá estaba de acuerdo con eso, pero no soy amigo del matrimonio, volví pa' la iglesia asustado. El amor lo revienta a uno. Otro día Pedrito me habla: "lo manda a llamar Elba." Llegue allá, y me dicen: siéntese Eduardo.

- Es que la muchacha está enamorada de usted, quiero hablar de eso.

- Eso me parece raro -le respondí-, porque no he hablado con ella, y tengo una sentencia de los agustinos, po' la que no puedo pasar por encima. Bueno Eduardo: "si usted quiere salir a la retreta, puede salir; si quiere llevarla al teatro puede llevarla también. Nosotros estamos de acuerdo con usted." Lo primero que me cegaba de angustia, era el peso del pedido de los agustinos.

EL SEMINARISTA DE PALMIRA

Las historias más son largas, voy a contar como llegué tras mucho enredo al convento de Palmira: doña Carmen la maestra, eso me quería mucho y le pidió a papá me dejara comer po' allá:

- A el niño no lo deajo ir, le doy el almuerzo aquí y en la tarde se lo mando pa' allá, pa' la casa. Porque da lástima verlo irse a La Playita corriendo y volver otra vez a la escuela.

Doña Carmen me compró el calentao, en ese tiempo no había visto nunca un obispo, Ignacio, el marido de la maestra llegó un día a la Laguna de García y dijo a su esposa: “bueno, ya saben que los muchachos se paran aquí por la derecha y las muchachas por la izquierda y con mucho fundamento, que viene monseñor aquí a la Laguna de García.” Yo con la soponeria de ver quien era ese tal, que estuvo como cinco minutos en la escuela, porque era en la casa cural. Ahí se cambió la traperera y fue para la capilla. Me le pegué a la corte también al ver lo que uno no ha visto, se está por observar de qué se trata. Él subió al púlpito, ahí predicó y se bajó.

Doña Carmen estaba vigilándome en la puerta de la iglesia. Cuando él se bajó del púlpito, se sentó a confesar en un trono que le habían hecho, era una silla con arco y traperas, y estaba confesando a puros hombres. Fui a ver qué me decía de entrometido.

Al ver que me arrodillaban delante de él, me dijo:

- ¿Usted cómo se llama?

- Eduardo José Rojas Ovalles. ¿Usted sabe el catecismo?, sino lo sabe, venga mañana en la misa de las 7 a comulgar. Doña Carmen estaba en la puerta de la iglesia mirándome.

Cuando salió el señor obispo con los 5 padres que andaban con él, le preguntó a doña Carmen: “¿Mire señora Carmen ese miquito es de dónde?”

- Ese muchachito es de La Grita, de la quebrada San José, los papás de él viven por allá, en una lejanía. Quiero mucho al muchachito, porque es muy dinámico para todo, y el obispo le pidió:

- Mire doña Carmen, procure en adelantar al niño, porque me parece muy raro, eso de haberse querido confesar tan miquito. Y cuando tenga el cuarto grado me lo llevan para el seminario. Yo me encargo de darle la ropa y darle todo. A ese muchachito lo quiero educar. Bueno, esa tarde doña Carmen, cuando tomaba el guarapo, me la lanzó:

- Esta tarde usted no se va para la casa, se queda aquí. La obedecí, los padres se acostaron po' allá, y el señor obispo po' allá y el muchachito criado por ellos, era ahijado, pero no hijo. Me dijeron:

- Usted duerme en esa camita, y este muchachito aquí. Si les toca salir afuera, ustedes saben abrir la puerta, pero no se vayan a meter a donde esta el señor obispo. ¡Ah!

Cuando escuché que doña Carmen se levantó, enseguida brinqué pa' la cocina. Y me dijo: “¿Quién lo llamó a usted?”

- El sueño se me fue y quiero ver qué es lo que estoy mirando. La mala suerte de uno, o será la buena suerte, no se sabe.

Doña Carmen y don Ignacio, eran dos casados, la señora Carmen era maestra y el señor también era maestro. Me dió de desayunar la doña, y dijo: ahora si se puede ir para la casa.

Salgo como una bala, porque eso era como un perro pa' correr. Llegué a la casa.

Entonces se vinieron pa' la casa:

- Miré don Macario, háganos el favor y nos regala el niño, nosotros aquí lo educamos hasta donde podamos, porque el señor obispo quiere que se lo lleven al seminario. No hay que cortarle la cabuya al que no lo necesita. Pues papá no quiso dejarme y nos fuimos pa' San Cristóbal, y allá lo que quería era vivir metido viendo los padres: los

redentoristas aquí arriba, los agustinos más allá abajo, los otros allá en la catedral. Me la pasaba po' allá pingoneando. Luego nos vinimos a Bailadores a vivir aquí, y había un padre Rincón que era de Rubio, pero no me gustaba bien. He sido de esos atravesados, no volví a escucharle misa al tapara ese, hasta que finalmente al padre Rincón lo sacaron, no pisé la misa.

Un día, fui a la fiesta de San Sebastián, y el predicador era un agustino español, no sé qué sería lo que tenía, pero cuando le ponía las manos a la orilla del pulpito, temblaba toda la iglesia ¿Y eso es qué? Andaba con otro amigo de po' allá de San Cristóbal, salimos de las fiestas de San Sebastián, y me le pegué al fray que predicó, y le dije: “que quería ser de ellos también.” Él me respondió:

- Pues mira, por los momentos no te puedo decir nada, porque los que gobiernan los trabajos que están haciendo en Palmira, están allá. Y, nosotros somos de San José de San Cristóbal y todos somos agustinos. Pero eso tienes que ir a hablar a Palmira, entonces me fui a Palmira, po' la carretera que es de pura piedra hecha de Gómez. Ahí me dijeron:

- No te podemos recibir porque no hay celdas, pero dentro de ocho meses ya habrá, puedes hablar con el Superior. Y anoté en un papelito todo lo que decía, no la iba a pelar. Tenía que ir a ver, ideologías de uno. Al llegar, pregunté en Palmira a un niño por la casa cural, y respondió:

- En aquel portón rojo, que se ve allá, esa es la casa. Entonces fui pa' allá, y me recibió fray Julio Illiles, era santo de por sí, que cosas raras, bueno y le conté la historia a ver si me recibían allá, se persignó y me bendijo antes de pronunciar palabra alguna, y sin bajar la cara del cielo, dijo:

- Ahora no se puede porque no hay celdas, estamos construyéndolas, pero dentro de ocho meses puedes volver que ya habrá celdas, pero tiene que hablar con el Superior del convento. Anoté eso y me vine pa' Bailadores.

Al fin, cuando nos vinimos de la Laguna pa' Pregonero, tenía el tiempo que me habían dicho. Y fui allá, al llegar vi a un padre muchísimo gordo, quizás nunca más vuelva a ver una persona de esas, los brazotes eran gruesísimos. Creo que en una puerta normal no cabía. Al verlo, le conversé pa' lo que venía:

- Mire que vengo a esto y no se qué... -Usted habló con fray Julio Illiles, se lo llevaron a España pero acá estoy yo-.

- Vengo a ver si me reciben aquí, quisiera ser agustino. Entonces le ordenó a un muchachito que estaba po' allá, hagame el favor y traigame el caballo, él mismo lo ensilló y dijo:

- Ahora si, sígame. Llegamos de Palmira a donde tenían el convento ahí como a un kilómetro, llegando allá tocaron una campana po' allá, entonces bajaron tres frailes. Les dije lo que quería hacer, y fray Pablo Ávalos habló:

- Tienes que traer una recomendación del párroco de Bailadores, tienes que traer una carta de despedida de tus papás, tienes que traerme la partida de nacimiento y la partida de confirmación, y otra carta de recomendación del cura párroco de Bailadores y dos testigos que den fe que usted se viene para acá. Una tanda de requisitos, recogí todo eso, me fui de regreso. De ahí fui a la Grita:

- Bueno, padre vengo a que me haga el favor y me de la partida de nacimiento, soy bautizado en esta iglesia, el padre era muy bravo, pa' dale puño y palo a la gente no tenía pereza. Ese si le echaba leña a la gente.

- Cómo no, pero te cuesta un peso (que eran como cinco bolívares). ¿Para que necesitas vos eso?

- Voy pa' Palmira a ver si los agustinos me reciben po' allá. Bueno, entonces me botó los cobres, y los puso sobre una mesa.

- No quiero nada, si va para donde los agustinos, esos cobres le sirven para otra cosa. Y voy a regalarle un relicario que cargo-. Eso fue hace más o menos sesenta y cinco años que me dió eso. Fui para el Cobre, y le pedí al padre que me buscará la partida de confirmación, y preguntó:

- Y eso, ¿para qué necesita usted eso?.

- Porque voy pa' donde los agustinos y necesito todos esos papeles. Recogi toda esa perolera y llegué allá, entonces el padre gordote se le montó a un caballote y me dijo:

- Sígame, llegamos allá al convento. Ahí nadie llama a nadie, sino eso es a bases de campanas. De un campanazo llegaron tres, cuando se aparecieron, dijeron:

- Este muchacho viene a buscar a Dios, cuando entré, oraron: "Ahora Pablo, Dios te bendiga y el Espíritu Santo, nuestro padre San Agustín y Santa Mónica nos bendiga a todos." Ni supe que llevaba una maletita con una ropita y unos zapatos, alguien me quitó eso. -Sígame- me dijo otro:

- Esta celda de número tres es donde usted va a pasar. Allá uno no puede irse a asomársele a otro, eso es sumamente grave y de hacerlo nos salía capítulo a todos.

Bueno, pues fue como una bendición, fray Pablo Ávalos era el prior. A nosotros nos ponían a palar matas, él se encaramaba encima de un pedrón que había, y gritaba:

- ¡Adios! Dónde estarán los hermanos por aquí, mirándonos y diciendo, entonces yo le contestaba. Él no hablaba con nadie, sino conmigo: "¿y cómo se encuentra usted, se amaña aquí, le gusta el trabajo?" - Pues sí porque soy un campesino trabajador- Un día me dijo:

- Vamos a tener que tumbar a donde habían tres cueros (aguacates), porque florecen y se le caían las flores, no sirven para nada. Me atreví a decirle una bobada:

- He oído decir a los señores que siembran esos árboles, que poniéndoles una cruz de puntillas o grapas y echarles no se qué en las raíces, dan fruto. Pero hay que regarlos con agua de lejos. No respondió nada, se bajó y llegó con una canasta de pistoladas:

- Pues hágalo. Me tocó pegar las tres grapas en crucecitas, y florecieron los curos. Fue como un milagro, cosas raras, cuando los arbolitos se agarrotaban de puras curas, que parecían taparitas. Vino el superior a mirar los curos: “sepa usted que nosotros, de eso no conocemos nada.” Eso fue como una bendición: “tú que conoces más que nosotros, ¿Qué señales dan las curas cuando están de recoger?” Pues, ellas echan unas pipitas, -le respondí- y toman un color distinto, el brillo es mientras las curas están tiernas, cuando pierden ese brillo es cuando están de recogerlas. Un día llegó con una canastota para recogerlos. A los tres días se paró en el comedor, donde tenía como un mesón aparte, y los demás estábamos a su lado y tras bendecir la comida, habló:

- Carísimos hermanos en Cristo nuestro señor, hoy quizás vamos a probar las curas que nosotros mismos hemos sembrado, pero le debemos a Dios y a su caridad Eduardo que nos dio la señal de cómo se han de dar y recoger. Con eso me cogieron más cariño. Estuve allá casi dos años y me enseñaron filosofía, la lengua latina, griego y un poquito de la lengua francesa. No era ningún atarantado, pues aprendí.

Otro día no sé pa’ donde se fueron los dos cocineros, y fray Pablo Ávalos, me dijo:

- Hoy le toca a usted su reverencia, hacé pa’ come pa’ los 80. Bueno, un muchacho que era quieto y callado, me lo dejaron de ayudante de la cocina se llamaba Conrrado.

- Eso sí -le dije a Conrrado- todo debe estar aseado y muy realizado, no íbamos hacer maravillas, porque se van las patas. Nos tocó primero hacer cuatro arepas mucho grandísimas. Ahí, nos desayunamos junto a ese gental, eso si uno se descuidada queda como la totuma boca abajo. El desayuno era queso y arepa, o caldo de leche con aliño, una comida muy buena. Ahora, pa’ el almuerzo, era otra cosa. Cuando estábamos

haciéndolo, llega fray Francisco con una canasta llena de lechugas, de chimbombo, y una tanda de yerbas. Eso no era trabajoso, tan sólo había que lavar bien las verduritas, picarlas y aliñarlas. Trajeron también un poco de pescados grandotes, como bagres, esos había que echarlos en agua pa' que boten la sal, el bastimento era yucas o cambures. Al terminar de comer se para el prior:

- Nosotros hemos comido muy bien, pero la comida es gracias a su caridad Eduardo y Conrado, se fueron por encima de nosotros. Por la tarde a las 3 daban unos panotes amasados de ellos con café con leche, la tontería la llamaban. Al otro día volvimos a hacer los mismo areponones, y el cacao lo hicimos, y cuando lo prueba fray Pablo que era el prior, nos preguntó:

- Mire su caridad, qué le echaron ustedes a ese cacao, no se parece al que tomamos aquí ¿Qué es lo que le echaron? ¡Ese cacao es divino!

- Es cacao con panela y agua, qué más, después cuando vino un fray que trabajaba en San Antonio, muy raro y seguía preguntando majaderías:

- ¿Qué diablos le echábamos nosotros a la comida?

- Pues el mugrecito y las manos de nosotros- Fray Pablo lo que hacía era reírse con esa respuesta. Cuando llegaron los cocineros, que estaban en San Cristóbal, les dijo Fray Pablo:

- Van a tener ustedes que aprender a hacer de comer, su caridad Eduardo se los ganó a ustedes, porque la comida hecha de él, sabe mucha mejor que la que nosotros hacemos ¿Eso es qué? Ustedes tienen buenas manos, así que a cocinar mejor.

Lo que provocó mi la salida del seminario fue cuando vi la toma de dos frailes, y después la ordenación de uno de ellos. Fray Pablo, ordenó:

- Mañana no hay trabajo, aquí los cocineros, los sastres, los peluqueros... porque mañana es la ordenación de uno de los agustinos.

Cuando entramos a la iglesia, había onzas de oro en copones, un báculo, una mitra y una pelotera. Pusieron una custodia entre las manos del que se iba a ordenar. Al ver eso, me dije:

- Haber sabido a dónde me iba meter, no hubiera venido pa' acá. Ahí se acabó mi amor por ser agustino.

A un frailecito que sabía muchos idiomas, era santo y muy sabio, después de ver todos los simulacros del que estaban ordenando, le pedí:

- Hazme el favor y me das la salida. No sirvo ni pa' botar basura, entonces se me atravesaron todos, llamaron a Fray Luis que era parroco de San Antonio de Táchira y a los otros de San Cristóbal y los pusieron en penitencia. No es posible que se vaya Eduardo, íbamos a mandarlo para Japón o África, no queremos que se vaya.

- De ninguna manera -les respondí-, definitivamente me voy de aquí, porque esto no es pa' cualquier burro atarantado, esto es pa' gente culta y refinada. Me entretuvieron quince días, de aquí pa' allá pero al fin, me dijeron:

- Por la fuerza no te podemos tener tampoco. Se juntaron ante mi cuarenta muchachitos que tenían y una manada de hermanos. Y pusieron una mesita para ir arrodillándose: “tenga la bondad y venga para aquí.” Eso para mí fue una amargura, entonces todos empezaron a despedirse, los muchachitos ponían las manos en mis hombros:

- Adiós amigo, adiós hermano, de ahí los hermanos de obediencia, los del coro, los frailes, el santo. Ya por último, el Prior y el maestro, me dijeron:

- Qué Dios te bendiga, el Espíritu Santo sea contigo nuestra madre Santa Mónica te bendiga los pasos, y ya sabes no tienes permiso de ser casado, porque no te permitimos eso. Estaba asustado, y no dije nada. Fray Avellaneda habló con firmeza :

- No te podemos dar la salida, tienes que esperar nueve días más. Al pasar ese tiempo:

- Aquí tienes esto, este papel consévalo que es la recomendación definitiva y espiritual de nosotros. Porque te portaste aquí como la gente, nada tenemos que decir en tu contra. Salí del Palmira en tinieblas. Ahí en el portal vino el Prior y me puso la cabeza en las manos:

- Queridísimo hermano, nosotros lamentamos la salida tuya, salí llorando de allá, tenía 19 años. Salí medio loco, me fui en un carrito arreglado, pa' casa de los padres, pa' luego ser sacristán en la Grita.

Si, hubiera sabido dónde me iba a meter, no me hubiera metido. Porque ellos fueron muy buenos, y no tengo nada que decir contra ellos, nunca me regañaron o me hicieron hacer penitencia alguna, nada. Cuando leí el papel que me dieron, lo guardé desde ese día como una reliquia:

Colegio de Nuestra señora del Buen Consejo

Palmira, Táchira, Venezuela.

Regido por los frailes Agustinos

Certifico que el joven Eduardo José Ovalles ha observado una excelentísima conducta entre nosotros.

Fray Miguel Avellaneda

Maestro de novicios

Tengo el papel ese como una reliquia, y cuando voy a San Cristóbal, lo muestro y me dicen:

Tu fuiste estudiante con los agustinos de Palmira los primeros, los fundadores. Comida y cobijo le damos y si necesita plata también. Porque usted está muy bien recomendado, con la carta de Fray Miguel Avellaneda, puede ir usted a Roma o a donde vaya que tiene todas las puertas abiertas.

DON EDUARDO EL REZANDERO

ORACIÓN DE LAS 13 PALABRAS:

La tía Rosalía murió de parto, el día que estaban cumpliendo la dieta de mi tía, antes de empezar a rezar se sentaron las abuelos y en eso llegó una palomita blanquita, y se sacudió entre el canal del agua que llegaba a la casa. Apenas alcanzo a recordar, porque era un mico. La paloma blanquita pegó un pujido pa' luego vola po' encima de la casa, donde estaban las 11 viejas. Salió dando vueltas y se perdió en las alturas, po' allá pegó otro bramido y dice la tía María de Jesús:

- Ese es el espíritu de Rosalía, eso no es otro-. Siguieron con esa idea a la noche les pidió la tía María de Jesús: “vamos a rezarle Las 13 Palabras”. Rezaron lo que les pareció, en eso otra paloma pegó otro bramido de noche, y las palomas de noche no vuelan. Salió corriendo la tía María de Jesús:

- Rosalía es la que está encima de la casa. Y cuando salieron las once viejas a mirar, brotó una luz de la noche y desapareció. La tía tenía cosas de adivina: “eso es que alguna cosa le pasa a Rosalía.”

Fueron a rezar otra vez las 13 Palabras, empieza como cualquier otra oración:

“En la cruz de Cristo se derramó la sangre de los ángeles del cielo,
y los pecadores de este mundo....”

Ese es un rezo hartito difícil y largo, pero si hay una culebra po' ahí se va de huida y si hay una cosa mala, como un mal vecino, con Las 13 Palabras, se va, es un rezo

poderoso. El que sabe esa oración esta protegido. La tía tenía otra oración pa' espantar cualquier espanto "La Magnifica".

Al terminar de rezar, entro la tía María de Jesús en la sala y vió una luz que botó un chispero y cayó al suelo en un rincón de la sala, esas son cosas muy raras y divinas.

Yo, lo único que tengo son unas oracioncitas sencillitas, que si pa' corré las culebras, pa' corre las brujas, pa' cualquier cosita así. Son muy interesantes, po' aquí ha venido gente, pidiendo que le enseñe esas oraciones. Pero no se las he dado, pues pa' qué, si no les va a servir pa' nada, porque no le ponen cuidado a nada. De las oraciones y conjuros, recuerdo estas:

ORACIÓN DE SAN BENITO DEL MONTE TABOR:

Esas oraciones son cositas que se aprenden con el tiempo, la oración de San Benito del Monte Tabor, la quiero mucho y se dice así:

"San Benito de Monte Tabor, que cuidas mi casa y mi alrededor,
de brujas, y hechiceras y de hombre malhechor.

Hoy sábado día de la Virgen, y mañana del Señor,

Y en víspera de San Cipriano,

protégeme de cualquier daño.

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."

Se repite tres veces, el zángano que este escuchando eso no vuelve. Esa oración es muy importante hasta contra una plaga que esté dando brega po' ahí, pa' eso sirven esas cositas. Esa es una oración muy sagrada, San Benito del Monte Tabor tenía la barba muy larga, primero fue zángano, mucho malo, y cuando se dejó de diabladas se convirtió y comenzó hacer un convento entre una roca en el Monte Tabor. Cuando ya

tenía unos monjes, el piedrón que estaba frente a donde había hecho el convento, era muchísimo pesado, mucho terrible, tanto que no lo pudieron mover. Entonces, dijo:

Vamos a ver qué es lo que pasa, Cuando llegó, hizo la cruz a la piedra:

“Por las virtudes que tu tienes y las que Dios te ha dado,

Andante.”

- Y salieron miles de diablitos que parecían ratas de entre la piedra. Ese era el peso, cuando los diablillos salieron de la piedra, entre cuatro monjes la echaron a rodar.

ORACIÓN DE SAN PABLO:

Los rezos contra serpientes son útiles, varias veces me han salvado de la muerte. Un día venia pa' Mariño, y pasó Baudilio a caballo cuando escucha un siseo, era una culebra coral desenvolviéndose. Menos mal que recordé una oracioncita de San Pablo pa' paralizarlas, cuando lo hice, la mugre culebra se quedó con la jeta abierta, no se movió, estaba paralizada, hasta que Baudilio me acercó una vara, pero al agarrarla, se envolvió y cuando le iba a dar, se fue. La oración es muy sencilla, po' si uno se encuentra un demonio de esos, es muy bueno saberla:

“San Pablo y Cristo Jesús dame luz

pa' acaba con este animal

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cristo Jesús,

espántame los animales,

en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cristo Jesús, espántame los animales en junto mio.”

CONJURO REAL:

“En el portal de Ustedes, primero nació Jesucristo. Entrando primero, yo quiero de Jesús que el mal salga de aquí y el bien venga para mí. Yo conjuro a alguna cara a cara o a traición que con este conjuro ha de venir a mis manos como el cordero humilde que llevó Pilatos al día de la cruz el Viernes Santo, bueno, ya te conjuro. Yo te conjuro y te vuelvo a conjurar, y quedan conjurados todos mis enemigos para que no puedan comer ni beber, ni en silla sentarse, ni en cama dormir tranquilos hasta no rendirse a mis pies. Y te prive la razón que te vea a mi lado y al corazón que portas.

(Se le pone un rabo de vela al Santo Ángel de la Guardia del que se quiere vencer).

En el nombre de El que todo lo puede”

ORACIÓN DEL TABACO:

“Ofrezco y recomiendo los humos de este tabaco al espíritu prisionero de la fulana bajo la asistencia de los espíritus que dominan la Laguna Negra, quiero tu poder y dominación para poder dominar la razón de la fulana y la fuerza de voluntad hasta que llegue a mi casa o a mi persona y deje de pensar en otro hombre. Y sólo piense la tal nada más en mí.

Yo te conjuro de los pies a la cabeza; yo te conjuro la sangre; yo te conjuro con el espíritu del cabrito negro; para que vengas a mi lado frustrada y desesperada por mí; por Don Juan de los Cuatro Vientos; para que la traiga en un solo viento.

Por Don Juan de los Sentidos para que me le quites los sentidos a fulana. Por Don Juan del Amor para que fulana no sienta ni piensa amor por otro sino por mí nada más”

LAS ARTES ADIVINATORIAS

Entre las cositas que mas cuido están las 85 barajas que me mandaron de España unas pa’ adiviná con la explicación, quise saber de una vez que tal eran y las tuve. Esas no pelan una, lo que uno quiera saber, lo dicen. Barajea bien la baraja y las acomoda bien en el día propicio, porque en creciente no se pueden leer, en domingo tampoco. Lo que dice la baraja es como si se estuviera leyendo la historia de lo que va a suceder. Esas barajas pa’ mí son muy importantes, las guardo muy bien, no se me vaya a perder alguna carta, tienen casi treinta años de estar en mis manos.

Supe de ellas oyendo radio, escuchaba la radio española cuando un locutor voceó:

- Aquí frente a mí tengo unas misteriosas barajas de tarot español, que pueden ser tuyas si envían una carta al concurso para obtenerlas, leyó la dirección a donde había que escribir. Agarré rápidamente un lápiz que tenía, pues estaba marcando una escultura y fui al correo de Tovar a enviar la carta sin esperar nada, pues uno siempre es desconfiado y malicioso. Así, al tiempo una tarde mientras oía el mismo programa, el mismo locutor decía:

- Aquí, desde Venezuela en un páramo de Mérida, el señor Eduardo Rojas Ovalles se ha ganado las barajas de tarot español, con libros y todos sus implementos para aprender

ese antiguo arte adivinatorio, que viene de los egipcios. Al ir el correo de Tovar, al verme dijeron:

- Bueno, don Eduardo usted como que es adivino, aquí tiene un paquete que le llegó de España, hace unos días llegó, sólo tiene que pagar el envío, bueno, pero tiene que ir antes al consulado de España. Por aquí en estos lugares hay dos oficinas, así que fui a firmar un papel ahí. Y así tuve esas barajas españolas con sus libros. Los estudié con furia y empecé a usarlas, y nunca mentían.

Un día vino un señor de Pregonero, a decirme:

- Sé que usted tiene unas barajas españolas que no mienten las mentiras.

- Pero eso es lo primero que hacemos todos: mentimos, a base de mentiras.

- Es que necesito saber unas cosas con unas gentes...- Entonces lancé las barajas y le dije:

- ¿Quiere ver quién le quitó la vida a tres animales en el barbecho suyo?, ahí lo tiene.

- Si, pero quiero saber un poco cómo se llaman quienes desaparecieron los animales-

Pero si usted los conoce, son vecinos suyos, ahí los tiene pa' que los mire. Los retratos y símbolos de las barajas no son claros pa' todos, se fue con la duda. A los días, mandó una carta:

“Honorable Eduardo, lo que usted dijo y donde dijo estaban los animales”.

Esas barajas españolas no pelan, son de origen egipcio y pasaron por el Mediterráneo hasta llegar a España.

Una tarde pensé que se me había perdido una lámina grande, que es la que contesta. Y me puse a trabajar con el oráculo adivinatorio y me respondió:

- No se asuste, que al pasar el umbral de la casa, vera la tabla en la sala. Uno que es medio malicioso, se queda dudando. Cuando llegué allá, vi la tabla en el lugar que el oráculo había dicho.

Uno si tiene que bregar pa' mandar a traer esos libros del extranjero, o ir uno mismo. El oráculo, si no me costó nada, fui a Tovar, allá hay una librería empezando a subir po' la plaza pa' allá de la calle principal. Esos libros son muy verdaderos pero hay que ponerles mucha atención y cuidado, a ver en qué punto, cómo y de qué manera, pa' poder usarlos como es debido.

SECRETOS DE LOS GNOMOS

Me gusta mucho estar sembrando yerbas y fui amigo de doña Jovita que vivía allá en la Grita, médica como esa no la vuelve a tener el Táchira. Ella me enseñó mucho de yerbas, en lo que decía no se pelaba. Me contaba todas las historias, mis papás fueron vecinos de ella y vivió por donde llaman la Loma del trigo. Por ahí hay varias lagunas, de una iban a traer agua, esa es la laguna blanca, y en otra lavaban la ropa. Mamá a los muchachos más grandes Narciso y Alejandro los mandaba a traer agua y yo los acompañaba, cuando eso ocurría, a veces salía un negrito a caballo en una tabla y los llamaba y los muchachos se asustaban. Ese día cuando salieron brinqué y me mandé pa' donde la laguna, y vi a los indiecitos que llaman gnomos. A doña Jovita la pasearon y la llevaron por la laguna, y le dijeron:

- Usted viene con la luna nueva aquí, y usted será la mejor curandera de Los Andes.

Ahora, cuando López Contreras, la gente como casi siempre tiene mala fe, le pusieron un maleficio, porque pareciera que los caraqueños no quieren a los andinos. Boberas de la gente, le llevaron una negrita del Estado Bolívar a ver si ella daba con el traste de qué era la enfermedad que tenía López Contreras. Y ella le dijo:

- No, yo no puedo, pero en la Grita hay una curandera llamada Jovita Barragán, la única. Si no lo cura ella, está listo- Eso es una cosa muy terrible, la mamá de ese viejo era de Capacho y él era nacido en Queniquea y educado en La Grita.

Mandó a tres generales en una camioneta para llevarse a la doña. Pobrecita Jovita me contaba eso, con las lágrimas corriéndole:

- ¿Pa' qué me manda a llamar el Presidente? ¿Será pa' matame? ¿Po' qué? A esa la llevaron y llegó toda asustada. Al verla le dijo el abuelo:

- Mire doña Jovita, la mandé a llamar para que usted diga qué es lo que tengo, creo que alguien me lanzó un maleficio, porque mandé a traer una negra de por el Estado Bolívar, y sólo dijo: “traiga a doña Jovita Barragán, de la Grita”.

- Viejo, esos son cuentos de carretera- le dijo entre sollozos Jovita. Al saber pa' qué la había mandado a traer, cambió el tono la doña: “en la mañanita antes de más nada, tome un poquito de orines en un frasquito que esté limpio,” el general le acomodó todo eso. Cuando se lo mostró, lo movió pa' verlo:

- Mire General, a usted le pusieron unas espinas en el estómago y ya están como un puercoespín de hinchadas. Si no se cura de eso, se muere. Le hizo un bebedizo y el abuelo le puso cuidado. Hizo lo que le pidió y por la mañana lo primero que salió fue el bolo de espinas, cuando él fue a dar el cuerpo allá en la palangana Y ahí la tuvieron allá ocho días.

- El General le dijo a Doña Jovita: “le doy este documento para que nadie la pueda trompicar en el Táchira. Y los mismos que la trajeron se vuelvan con usted, pero no allá, sino ellos llevan un documento para buscarle una casa en la Grita.” Además le regaló un dineral, la casa está al lado del cuartel cerca de la plaza Bolívar, un lujo de casa le compraron. Este otro documento que le dieron era para que ni médicos ni nadie pudiera meterse con doña Jovita Barragán de Robles, porque está “terminantemente prohibido”.

Ella nos contaba po' allá historias cada vez que me mandaba la gente de la Playita a traer medicinas de la doña. Tengo muchos recuerdos de ella, y era tan guapa.

Una vez que comí un pedazo de queso cuajado con pastilla y un trago de miche con un amigo po' allá, y me envené con esa porquería. Eso fue un jueves, mamá siguió haciéndome bebedizos y dando vuelta po' aquí y po' allá. Por último, me dijo; lo voy a mandar con don Luis Barón a la Grita pa' que vaya y hable con doña Jovita, a vé cómo lo cura, pero no necesité a Jovita tampoco, porque recé con fe:

“Santo Cristo de la Grita,
si es verdad que Dios puede
que me quite la vida,
si no, que me sane
antes que llegue don Luis aquí.”

Y mejoré antes que viniera don Luis. Entre un muchacho y don Luis me ayudaron y me dieron un puesto en la camioneta, cuando iba saliendo del páramo, me preguntaron:

- ¿Cómo se encuentra? Yo, bien. La fe vale mucho pal que tiene fe, porque hay gente que no tiene fe. Me dieron la maletita con una traperera, y fui a visitar un amigo, cuando me dio hambre fui a donde Jovita, pa' comer. Y le conté a lo que iba. Sin esperar que terminara de contarle sentenció:

- Usted ya no tiene nada. Puede irse con don Luis tranquilo a su casa. Era una gran curandera pa' más ñapa no sabía ni leer ni escribir, pero la ciencia espiritual que tenía era muy grande. Todos decían: vamos pá donde doña Jovita. Esos si eran médicos de lujo.

Conocí a doña Jovita en la Grita era chiquita, y en Mochedería Acequíás conocí a don Martín a donde fui siete veces, otro curandero viejito y chiquito. Solo que a él, le llevaban unos orines allá, iba una vez y me entretuve tres días. Me dijo:

- No lo dejo ir hasta que yo no quiera, porque usted necesita hablar conmigo, muy honorable el viejito. Un día llego, a los días de estar allá, llegó un muchachito con unos orines. Lo sacudió en la vasijita y preguntó: ¿Qué ve aquí? No veo sino unos orines ahí -le respondí-. Los volvió a sacudir y me preguntó otra vez, y vi la cara de una señora. Entonces me dijo; esa señora la mataron, le dieron pa' la cena arroz con pollo rancio y vuelto a calentar, eso es veneno. Ella muere mañana, el muchacho salió y se fue. Al otro día llegaron los hijos:

- Pues venimos a contarle don Martín, que murió mamá a las 8, como usted había dicho. Esos no se pelaban, ninguno de esos sabía leer, pero eran muy hábiles, le habían enseñado los gnomos y quien aprende una cosa de ellos, no puede nadie contra esa gente.

Aquí hay gnomos de San Francisco, pasan por debajo de esos chorrerones. Yo no quiero esos chorrerones que van a dar a laguna de García, pocos ven los gnomos porque son invisibles. Le tengo mucho miedo, porque he visto lo que no he necesitado ver. Aquí a Bailadores vienen los gnomitos de las peñas, ellos tienen un camino por entre la tierra, al llegar a la laguna de García y ¿Eso es qué? Por eso no me gusta ir para allá, es peligroso.

Vi a los gnomos cuando nosotros vivíamos en un puesto que llaman San Antonio de José de Bolívar en unas montañas. Iba con papá a traer un poco de dicitamo pa' una Semana Santa, y por ahí hay mucho. Ese dicitamo no es sino palmito, que crece en una palma y son muy buenos pa' comer. Yo estaba chiquitico. Cuando estábamos llegando cerca del río, encontramos un parchonón de palmito. Papá llevaba una escopeta, porque po' allá había bichos: osos, monos, y pavas... Al llegar allá empezamos a cortar el vástago tiernito, porque el palmito es una palma que no crece mucho. Hicimos unos

montones y amarramos esa perolera a una maleta, camina que camina y no salíamos al Camino Real que viene de Pregonero, ni salíamos pa' ninguna parte. El viejo con la escopeta debajo del brazo y echando, él les hacía unos pretales a donde metía los brazos, y le quedaban libres las manos. Camina y camina y ni pa' adelante ni pa' atrás, ay, ay..., al fin, Dios será, será el Espíritu Santo, pero no sé quién nos sacó de esa. Miré pa' donde estábamos cortando el dítamo cerca había una laguna, le reclamé a papá:

- Mire allá donde cortamos el palmito, no se veía una laguna, y si es allá donde estuvimos nosotros, ¿por qué no la vimos? pues algo pasará por ahí. Ahí mismo le mandaron como un tiro, venía la balita "jui, jui..." vino y le pegó a la punta de la escopeta, el viejo, malicioso entre dientes dijo:

- Quizás si es verdad, que hay esos vagabundos verdes gnomos por ahí. Se paró y empezó a rezar una oración chiquitita, en eso comenzaron a conversar los gnomos pero su hablar no lo entendemos. Papá, al descargar, vio la zanjita que le habían hecho al cañón de la escopeta. En eso, vi que se movían unas matas, y le grité:

- ¡Ahí hay una gente!- papá volvió a meter los brazos entre las marujas, corrimos y enseguida vimos el Camino Real.

- Papá, mire donde esta el camino, y nosotros buscándolo todo el día- eran ya las 4 de la tarde. Él se cargó la maleta y yo un bojotico.

Al llegar, mamá le preguntó, po' que vienen a buscar el almuerzo a la tarde ¿Y ahora qué?

- Bueno, nos enredaron los gnomos todo el día. Sí son mentiras que se raje la tierra y me trague. Después de comer a la casa, descargamos.

- Y eso, ¿qué le pasó? Preguntó después el taita: "qué hacía con el mico por allá muerto de hambre, no llevó ni un terrón de panela ni nada. A estas horas y sin almorzar".

Es que nos espantaron los gnomos -le contestó papá- po' allá entre las montañas.

Entonces, miro mamá la ración de Palmito y era pura Locateba, chorros de sangre era lo que botaban las yerbas que llevamos. Se perdió todo -decía molesto papá- porque quién se come eso, es amargisísimo.

Resulta de que otro día Alejandro, que era otro jalao, daban ganas de darles piedras porque eran tan chambones, un día me dice: “vamos a ver si conseguimos unas pavas que son grandotas por allí pa' arriba”. Y mientras caminábamos a buscar las pavas, vi cuando salio un pajarito color cacao: “co-bi-ja que va a llo-ver, co-bi-ja que va a llover,” andaba junto a nosotros de lado a lado del camino. Y le dije a Alejandro:

- Vámonos porque nos vamos a lavar de agua, escuche lo que dice ese pajarito- y Alejandro se molestó: “usted es un bobo, voy a cortar una vara y le voy a dar.” -¡Si se atreve le doy una pedrada!-. Bueno, el pajarito nos siguió un rato: “cobija porque va llover, cobija porque va llover.” Volaba de un lado al otro delante de nosotros.” Le repetí varias veces a Alejandro: “vámonos que nos vamos a lavar.” Pero patuquero siempre anda con patusqueras, y llegamos al mismo puesto donde papá había hecho el corte de los y que palmitos. Ahí justo había un manadón de pavas, eso era una nube.

Alejandro agarró su escopeta y les tiró, tumbo una, la agarró y me dijo:

- Tenga usted aquí, voy a ver si consigo a las otras pavas que están por ahí pa' arriba.

Y no se quién diablos me quitó la pava de las manos. Viendo que de Alejandro ni se oía ni tiros ni nada, le grité, y respondió:

- Venga pa' acá que no sé dónde estoy. Entonces me metí un trecho y ahí estaba

Alejandro sin sombrero, la escopeta no la tenía. Y bueno, tirado en el suelo balbuceaba:

-Yo, no sé dónde estoy, no sé dónde estoy...- Al verlo le grité:

-¿Qué tiene usted?. Y al mirar pa' lo a lo alto vi el sombrero, estaba encima de una rama, la escopeta estaba más bajita. Deme una vara y bajamos eso.

La pava qué tenía usted ¿Dónde está? No sé, no ve que me la quitaron de las manos, no sé si fuera un animal, quizás no era pava tampoco sino una patusquería. Nos fuimos, ¡mijito! ¡mijito! ¿qué es este tremendo invierno? -exclamaba Alejandro-, caían del cielo unas goteras que eran como piedrecitas. Eso nos lavamos allá, cuando fuimos hacía abajo ahí no había llovido. Cuando llegamos a la casa, era como de Bodoque a Bailadores donde estábamos, llegamos calados de agua. Al vernos, mamá que era más avispadita que papá, molesta nos regañaba:

- ¿Qué les pasó? ¿Donde se metieron? En el río o qué, vienen lavados de agua,

Alejandro le replicó malhumorado:

- Nos cayó un aguacerón, mucho terrible y a éste no sé quién le quitó la pava que maté, después de dársela fui detrás de las otras, y en ese momento me envolataron, no supe ni quién me quitó ni la escopota, ni la pertrechera, ni el sombrero ni ninguna cosa. Y esos estaban po' allá colgando-. En eso le dije:

- ¡Ah!, buena la señal: “Vamonos porque nos vamos a lavar de agua”, “Cobija que va llover, cobija que va llover” cantaba el pájarito aquí, cantaba allí, cantaba allá. Eso no era pájaro, si el Alejandro me obedece no hubiera pasado nada, y por porfiao casi no lo ponen loco, po'allá entre el monte, ¡Qué cuento de pavas!, ¡Qué cuento de pavas!

- Se acabó la fiesta- sentenció mamá, esos son cosas de gnomos.

En estas montañas hay cosas muy raras. Donde se junta la quebrada del azul y el río, hay unas peñas y arriba hay una campana, que la tocan de vez en cuando, pero no se sabe quien es... ¡Son los gnomos! ¡Van vestidos de verdes y con largas barbas! A ellos cualquiera no los ve, salen por ahí a Bailadores a comprar cosas que necesitan, pero nadie conoce quienes serán esa gente, son chiquiticos. Parecen un hombre, porque no se quitan la barba ni el pelo, son como cualquiera de nosotros, y ¿eso es qué? Porque ellos tienen un misterio...

Yo si los veo comprando po' ahí. Compran lo que van a buscar, y nadie sabe pa' donde cogieron. Porque ellos viene po' lo que necesitan y desaparecen...

Perdonen pero estas conversas son toscas y largas. Una vez llegué a ver a la reina de los gnomos, fue cuando me mandó a llamar don Iván, me mandaron a decir con don Luís:

- Que lo necesita ver el compadre Iván y la comadre Amelia, porque usted que conoce de yerbas, a ver si consigue unas que le mandaron al compadre. Fui y me quedé allá, en la mañanita don Luis se levantó, pa' hacé unas arepas de harina y un café; después de desayunar nos fuimos los dos muchachos pequeños, yo y don Luís con el macho. Pero qué le pasa don Luís -le reclame- pa' que un macho con unas ollas, ¿acaso vamos a vivir pa' allá en el páramo?; solo llevo un pedazo de pan, una vainita y un aviecito, por ahí habrá agua pa' bebé.

-Llevo el macho -respondió- porque el camino puede ser largo, llegar hasta arriba y atravesar Las Tapias, hasta llegar a donde llaman la Quebrada de las Yeguas, donde baja como en graditas el agua saltadita, es muy bonita; pero eso es bien lejos y lo mejor es pararnos por ahí para hacer café y algo de comida.

Cuando prendieron la candela era mediodía. Le dije a don Luis: -voy a ver en aquella arboleda, quizás consigo unas matas de díctamo, eso es como un pasto, po' ahí lo usan la gente como medicina-. Vi cuando llegamos po' allá una potranquita, pero no le hice caso. Cuando recogía las yerbitas, gritó don Luis:

- ¡Una potranca negra va en dos patas encima de usted!. La yegua se encrinchó frente a mí, llevaba un poco de basura y espinas en la crin, me le acerqué a quitarle esa suciedad y se calmó ¿Y esto es qué? La potranquita, me dejó agacharme a acariciarle su pelambre negra, y mientras, tomé otra migajita de Dictamo y seguí buscando. Pero no había más.

En eso me volvieron a gritar, esta vez los muchachos:

- ¡Don Eduardo, la potranca otra vez le relincha en dos patas detrás de usted!. Cuando volteé me miraba de arriba abajo, mientras se sostenía en dos patas. Fui a acariciarle nuevamente, y se dejó. Luego recogí otras yerbas, y la potranca seguía atrás de mí. Al fin hizo don Luis hizo el café y las arepas, de los avios que ellos llevaban tomé un pedazo, y cuando comía me lamió la cara la yegüita, ¿...Y esto es qué? Me puse medio malicioso desde ese momento.

Si pasaba delante del macho, la potranquita se adelantaba conmigo, y si quedaba atrás, la potranquita se quedaba atrás conmigo, no había manera de escapársele. Don Luis y los muchachos se burlaban:

- ¿Don Eduardo por qué lo quieren tanto los animales?. Y me acompañó la yegua todo el día. Po' ahí hay un cementario que es de siete cruces con unas torres de piedra, donde han aparecido unos muertos que mataron los gnomos. Es un sitio peligroso por eso nos fuimos. Los muchachos en el macho seguían con esa perolera, nosotros nos quedamos más atrás, poco a poco y la potranca seguía junto a nosotros. Ahora si vamos a quedar como una totuma, nos van a cargar la perra que nos robamos ese animal. En un pasadero vimos un poco de alambre, y con don Luis comencé a trancar a la potranca, porque él decía: “esa yegua está encantada. Eso de estar junto a usted es raro, igual que relinchar y lamerlo, eso no es buena señal.”

Y a lo que puse una horqueta en cruz encima de la cerca, la potranca desapareció. Don Luis tampoco sabía pa' dónde había agarrado. Se perdió por fin de repente. De ahí, fui a donde una mujer que no es una embustera. Y le conté todo: “mire que me sucedió una cosa muy rara...” Al terminar de oírme, preocupada dijo:

- Eso no era potranca. Ustedes vieron que era una potranca, pero es la reina de los gnomos del páramo. Cuando vuelva a ir, lleve una soga pero la bendice usted mismo. Y así sabe lo que carga, porque eso no era bestia.

ENCUENTROS CON EL DIABLO

Varias veces me he enfrentado al diablo y lo he llamado también, una vez cuando estaba viviendo po' Boca de Monte, en lo que iba ser la carretera de Pregonero. El encargado me tenía mucho cariño, era un tal doctor Colmenarez de San Cristóbal; siempre uno tiene todo en el mundo: un estorbo y quien lo estime. Allá éramos cuatro los encargados, eso era cuando Pérez Jiménez. Estábamos en un alcabala po' que dizque había una peste de Pregonero pa' allá. Ese pueblito pocos lo quieren po' que uno anda po' las orillas, está como en la boca de una paila.

Un jueves santo fueron a dar guerra pa' la alcabala, una muchachada jugando barajas y dando vueltas de aquí pa' allá. Yo estaba muy mal, el Viernes Santo volvieron a llegar a dar guerra, jugaron trompos, pelotas y no se qué, después se fue ese manadón de gente. Junto a ellos se fue Rosario, que estaba con nosotros porque era muy dinámico, tenía una bandolina po' allá y un cuatro, y se ponían a tocar arremedando unos viejos, y eso no me gustó porque eso es ser grosero, porque la prudencia alcanza lo que la dicha no alcanza. Empezaron a tocar otra y otra más remedando a otros viejos de las Aguadas, eso lo ofende a uno y hasta la tierra ¿pa' qué? Po' eso salí:

- Miren, háganme el favor y se callan de estar arremedando viejitos, estoy malo y no tengo paciencia pa' está oyendo esas alharacas. Si al menos estuvieran bien tocadas, a uno le darían ganas hasta de mirar a lo alto, pero esas necesedades no provocan oírlos-. Había un muchachito huerfanito que nos acompañaba, y delante de él comenzaron a decir unas insolencias, salí otra vez:

- En buenas estamos, ¿los maestros están aquí pa' volvé al niño grosero? Háganme el favor y dejen esos palabrones, ¿a ustedes no les da vergüenza?. Y les hice unas señas pa' llamá el diablo, y de vaina no se los carga. Un muchacho que vive en la Otrabanda, dijo:

- No joda, diablos no hay. Los diablos somos nosotros mismos.

- ¿Qué no hay?, ¿Ustedes quieren ver?, en eso todos se alzaron, yo lloraba de rabia, ¿no ven que ese niño no debe oír sus palabrones?. Ustedes quieren volverse diablos, ya voy a llamar al Señor... Uno con rabia como que las cosas todo lo ayudan, en eso escucharon un motorón, como si se estuviera hundiendo Pregonero, y después unas cadenas. Y enseguida se pasaron pa' arriba, se metieron al corredor, pa' la cocina, pa' atrás. Cuando un escrojuloso de esos, dijo:

¡Virgen de Carmen!. ¿pa' que usted menta eso? -le respondí- ¿no querían al diablo?. Él seguía en el corredor arrastrando las cadenas, y las puertas estaban apenas cerradas, cuando se metió una luz muy roja.

“Gran Señor, dulcísimo Señor,
quiero que te presentes aquí,
delante de los que niegan.

Porque negarte a ti y negar al Supremo,
es una cosa igual.”

Esos hasta se orinaron entre los pantalones, los cantores y los necios. - Vengan pa' que lo vean. Ustedes me van a decir si es o no es-. El muchachito se empezaba a despertar. Entonces oré:

“Gran Lucifer, luz del día y de la noche,
hágame el favor y vuelva a seguir su camino.

Perdóneme que lo entretenga también.”

Se regresó, cuando se fue a Boca de Monte arrastrando esas cadenas, nadie pudo dormir, les desentejaban la casa, corrían las carretillas, arrastraban cueros... Me quedé quietecito, esos se acostaron rapidito.

- ¿Por qué no salieron, no dicen que diablo no hay?- les gritaba. Y usted Márquez, que fue el primero, se lo puede cargar el diablo, pa' que aprenda a conocer. Porque las cosas que hay, son. Existen aunque uno no las vea, pero el que sabe sí las ve. Al que tenía el instrumento, cuando fue de día, abajo en Boca de Monte, le preguntaron:

- ¿Oiga ustedes los de la alcabala no se dieron cuenta lo que pasó? ¿Por qué usted cree, que no nos dejaron dormir anoche? aquí desencajaban las casas, chirriaban los gatos, los perros ladraban, arrastraban carretillas de arriba pa' bajo.

- No, no, ni me menten nada porque ando temblando, Eduardo nos echó una joda muchísimo terrible anoche.

- ¿Y eso, qué pasó?

- Pues lo hicimos arrechar, y nosotros no sabíamos con quién nos metíamos. Y llamó al diablo y ahí llegó. Eso pasamos una maravilla, no me vuelvo a quedar junto a los alcabaleros, en la alcabala no pasó nada.

En la mañana le dije al muchachito:

- Mire Ramoncito, vaya a donde doña Rafaela que nos mande dos desayunos, el suyo y el mio. En eso bajó el caporal de la obra del Cobre.

- ¿No se dió de cuenta Eduardo, lo que pasó?. No me dejaron dormir, me alzaban como con todo y mara, eso era un desespero, las tejas las volvieron pedazos.

- No, yo no sé nada- Dije, haciéndome el faro aporreado. Cuando doña Rafaela mandó el desayuno, le dijo al muchachito:

- ¿Usted no se dio de cuenta, Ramoncito, qué fue lo que pasó?. La tierra temblaba, todo era un desespero.

- No, que los muchachos por chambones, se pusieron a decir chocheras y hicieron calentar a Eduardo, y él estaba enfermo. El se salió y llamó a no sé quién.

Pa' un avisado un bobo, todo es al revés. Desde ese día se quedaron quietecitos.

Estuve como tres días que no me podía parar, cuando llegó el fiscal de San Cristóbal. Le pedí un permiso y me fui a curar a Mochedería Acequías, donde hay un señor que cura casi toda enfermedad. Y así se les aplacó la cuenta a los desafinados.

A Lucifer, sabiéndolo tratar, hasta puede hasta hacer temblar la tierra, porque Dios le tiene permitido eso. Ahora, si uno lo que hace es murmurar, esas son cosas que le disgustan. Él no fue un ángel en el cielo, po' que Dios lo mandó pa' acá, po' que hizo lo que hizo.

Cuando estuve de Sacristán en la Grita, al salir de Palmira por varios años, me fui pa' la Grita año y piquito. Un día llevo po' donde está el Santo Cristo, cuando veo un muchachito desnudo, carcajeándose encima de la pila bautismal. ¿Y eso es qué? Pues toda agua es bendita. Al acercármele, le dije:

- La prudencia vale lo que la dicha no alcanza. Uno con ser grosero no gana, sino que le den una palmada hasta po' la cara ¿Y eso pa' qué?

- Yo, estoy aquí riéndome, de ver que las viejas y los viejos vienen y se mojan las manos entre esto, con la mugre de los demás se limpian la cara los fanáticos.

- Bueno: ¿Y usted es quién?- Conversando con él desapareció. Me preguntaba: “¿Ese será quien? Porque pa' sé un angelito no cuadra.” Otra noche dormía en la sacristía, iba a tocar las campanas pa' las 9, fui y las toqué y regresé a buscar la cama. El muchachito desnudo estaba otra vez ahí, encima del agua bendita.

- ¿Usted qué hace, no escucho tocar las campanas? -Pregunté malicioso, pues pa' ñapa estaba sentado desnudo en la pila- Bueno ¿Usted es quién? ¡Por la gracia de Dios Dígamelo!

- Soy Lucifer, la luz de la mañana- Menos mal que tenía un secreto del padre Jauregui que había oído, pensé, con esto no vuelve ese demonio y voy a ver si es verdad que hay brujas aquí en la Grita. Traje unas hojitas con unas tijeritas y cuando entró la gente a misa, hice un colgandejo allá en las puertas. Y el padre se fue a decir la misa:

Junto a la gente, entraron cinco viejas en la iglesia, que se quedaron dando vueltas. Me fui a almorzar, y cuando regresé a las 3 de la tarde, las viejas seguían rezando.

Haciéndome el bobo, porque pa' se avisado hay que hacerse el bobo, así, nadie cavila que condiciones se tiene.

- Señoras, ¿a ustedes no les da hambre, ni ganas de ir hacer otra cosa? desde las cinco de la mañana aquí en el templo rezando.

- No, pues estamos pagando una promesa.

En la Grita había un viejo muy mala gente, pero era prefecto y la hermana era la bruja mayor.

Me hice el soquete, y bajé toda esa perolera que había puesto, junto a unas tijera en cruz, con una hojitas de tártago blanco y mostaza. Cuando quité el ensalmo, las viejas y se fueron. Ya sabía quienes eran las brujas. Al salir por la noches ponía el colgandejo, y así salí del diablillo.

Pero la hechicera mayor empezó a dar guerra al monseñor, pero ese se las sabía todas.

Aprontó una vela bendita y un poco de mostaza bendita, cuando llegó la vieja a la iglesia. Le tiró la mostaza, fue y le tiró candela por una pata, le quemo las niguas y la pata se le volvió como una garruña. La hechicera se enfermó, todos los días comulgaba, y todos días estaba en misa, pero empezaron a ir sus amigas, sin ella.

Un día el padre, les pregunta:

- ¿Qué pasa con la señorita? que tiene tres días que no la veo en la iglesia. Y esa no pela misa y todos los días comulga, y en la tarde viene a escuchar el Rosario, es la más fanática de la Grita. Y no se ha vuelto a ver.

- No, -respondió la amiga- esa no se pude parar, y no se sabe qué es lo que tiene.

- Vamos a ver qué tiene- Y fue a verla el monseñor. -Mire, qué le pasa a usted, he observado que es una de las católicas principales de la Grita-. Cuando le estaba hablando, estuvo a punto de decirle: “Entre las principales brujas...”, pero se pudo contener. Porque la prudencia vale lo que la dicha no alcanza.

- No, puedo pararme desde hace unos días- le respondió la vieja. -Pero muéstreme lo que tiene- Al fin, la vieja después de tantos titubeos, sacó la pata engarrullada, como los cueros resacos al sol.

- ¡Esto es para que aprendan a ser sinvergüenzas!, usted es la principal hechicera de aquí de la Grita. Y esas otras viejas compañeras, son las otras brujas que vuelan y hacen maravillas. Así, usted cuando se muera, no tiene perdón de Dios, porque ha condenado a más de una persona-. A los días se murió la vieja.

Cuando la gente se vuelve muy católico se pasa de la medida. Sí, porque uno debe creer en las cosas supremas pero también en lo demás. Entonces a un muchachito que ayudaba al monseñor, le pidió:

- No vaya a tocar las campanas po’ la tal vieja. Esas ya vinieron aquí, pa’ reclamarme, pero las campanas no son mías. Esas dieron vueltas, y vueltas, hasta que le pidieron que la enterrara, pero el padre les respondió:

- No le quiero hacer entierros de ninguna clase. Y a esa mujer tienen que tirarla al río, porque no le doy permiso tampoco de traerla a la iglesia, ni de meterla en el cementerio, esa era la gran hechicera de la Grita.